

EDITORIAL

«*Sinite*» ante el Concilio

En 1956 escribía el Rdo. D. Pedro Martín, autor de un magnífico estudio sobre el Catecismo Romano publicado en la BAC, número 158:

«Siempre ha contado la Iglesia, a través de los siglos, con una fecha cumbre, que le ha servido de punto de partida, llegando a ser, a la vez, el resultado de una trabajosa elaboración y de un movimiento de ideas. Quizá como ninguna, desde los mismos tiempos apostólicos, fuera la señalada por la Providencia para convocar y dar cima adecuada al sacrosanto Concilio, XIX universal, de Trento.»

Viene luego el prólogo del famoso Catecismo, en que los Padres del Concilio muestran la importancia que la Iglesia concedía, en aquel momento cumbre, a su obra de catequización; he aquí algunos extractos sacados del libro citado:

«... Y si siempre fue misión y deber esencial de la Iglesia el predicar la verdad revelada, hoy más que nunca representa una necesidad urgente, a la que debe dedicarse todo el posible interés y celo, porque los fieles necesitan, como nunca, nutrirse con auténtica y sana doctrina, que les dé fuerzas y vida.»

Después de denunciar el nuevo método de los Catecismos por los que la herejía ha tomado un auge extraordinario, añaden:

«Frente a esta lamentable situación, los Padres del Concilio Ecu-
ménico de Trento juzgaron necesario contraponer algún antídoto efi-
caz al mal tan peligrosamente difundido. Por esto, junto a la gigan-
tesca obra de exactas definiciones de los principales artículos de la
fe católica, acordaron redactar un formulario seguro y un método
fácil y eficaz presentación de las doctrinas elementales del cristia-

nismo. A él deben conformarse y uniformarse cuantos tengan alguna misión docente en la Iglesia.»

En nada disminuyó en los siglos siguientes este interés del Magisterio por la educación cristiana del pueblo, y así leemos en uno de los documentos catequísticos más importantes de todos los siglos, la encíclica «Acerbo nimis» de S. Pío X, escrita en el año 1905:

«... La actual depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen, principalmente, de la ignorancia de las cosas divinas.

... Cuando no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende la corrupción de costumbres; mas cuando a la depravación se junta la ignorancia de la fe, ya no queda lugar a remedio, sino abierto el camino de la ruina.

... ¿Cómo esperar generaciones adornadas de buenas obras, si oportunamente no fueron instruidas en la doctrina cristiana? De donde, justamente, concluimos que, si la fe languidece en nuestros días hasta parecer casi muerta en una gran mayoría, es que se ha cumplido descuidadamente, o se ha omitido del todo, la obligación de enseñar las verdades contenidas en el Catecismo. Inútil sería decir, como excusa, que la fe es dada gratuitamente y conferida a cada uno en el bautismo. Porque, ciertamente, los bautizados en Jesucristo fuimos enriquecidos con el hábito de la fe, mas esta divina semilla no llega a crecer y echar grandes ramas, abandonada a sí misma y como por nativa virtud.

... De lo expuesto hasta aquí puede verse cuál es la importancia de la instrucción religiosa del pueblo; debemos, pues, hacer todo lo posible para que la enseñanza de la Doctrina sagrada, institución —según frase de nuestro Predecesor Benedicto XIV— la más útil para la gloria de Dios y la salvación de las almas, se mantenga siempre floreciente, o, donde se la haya descuidado, se restaure...»

(Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, Publicaciones de la Junta Técnica Nacional, Madrid, 1955, Encíclica «Acerbo nimis», págs. 897-905.)

Más explícitamente si cabe, S. S. Juan XXIII insiste, y en solemnísimas reuniones, sobre la urgencia de este deber pastoral:

«Dejadnos, venerables hermanos y queridos hijos, que os confiamos amablemente algunas de las más intensas vibraciones de nuestro espíritu como para disponeros a la celebración de la Santa Cuaresma, que este año quiere ser particularmente fructuosa, precisa-

mente conjugada con los trabajos, tan avanzados y preparados, de los veneradísimos cardenales de la Comisión Central, llegados aquí desde todos los puntos de la tierra. Estas vibraciones se refieren especialmente a tres temas de vitalidad religiosa y cristiana, humana y social, a la que debe llevar aquella *restauratio et renovatio universalis Ecclesiae*, en que radica el éxito del Concilio Ecuménico.

Se resumen en tres palabras: redoblado fervor de piedad religiosa; *enseñanza catequística vasta y profunda*; vida cristiana noble, ejemplar, apostólica.

... Junto a la oración, e inseparable de ella, está para cada sacerdote el deber de la enseñanza, el deber de la sagrada predicación *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Act. 6. 4), dicen los Apóstoles, delineando la doble esfera de su actividad. Oración y ministerio de la palabra; éste brota de aquélla como la flor de la raíz. San Pablo recomienda a Timoteo que guarde el *depositum fidei* (1 Tim. 6, 20; 2 Tim. 1, 14), no solo manteniéndolo inmune de toda contaminación, sino transmitiéndolo puro e intacto a las almas de los fieles.

Ahora bien, cuando se habla de enseñanza, se entiende, ante todo y sobre todo, la predicación catequística, que es una responsabilidad para todos los sacerdotes y sobre la cual hemos llamado la atención de los sacerdotes en anteriores y diversos encuentros.

De hecho, el catecismo es la preocupación constante de la Iglesia. En los Sínodos diocesanos, como en los Concilios provinciales y nacionales de la Edad Media, por ejemplo; en los de CLOVESHOW (747), de CALCHUT (787), de FRIULI (796), de ARLES (813), de MAGUNCIA (813), de PARÍS (829), de AQUISGRÁN (836), de TRÉVERIS (1227), de LAMBETH (1281), etc., y, sobre todo en los Concilios Ecuménicos, esta solicitud reviste formas innumerables, diversas, según las exigencias y las condiciones de los tiempos, pero siempre únicas en el fondo, que es el de partir el pan de la verdad al pueblo cristiano, en forma sencilla e inteligible, que pueda ser retenida y meditada y transmitida en el seno de las familias como una preciosa herencia. ¿Quién no recuerda el esfuerzo realizado por el Concilio de Trento, que llegó a aquella suma de teología pastoral redactada en una eficaz forma latina, que constituye el *Catechismus ex decreto Concilii Tridentini ad parochos Pii V iussu editus*? (Ed. in fol., Romae 1566). Ya el proyecto de decreto de 13 de abril de 1546, hablando de un catecismo que era preciso elaborar, hacía una exposición de motivos: a fin de que los fieles *memores sint christianae professionis quam fecerunt*

in baptismo, et praeparentur ad studia sacrarum litterarum. El proyecto encontró forma definitiva en la vigésima cuarta sesión del 11 de noviembre de 1563. ¡Qué trepidante solicitud pastoral revelan las palabras del definitivo *decretum de Reformatione!*

También el Concilio Vaticano I tuvo entre sus preocupaciones la cuestión del Catecismo, que en el esquema distribuido el 14 de enero de 1870 fue definido *Tessera fidei et pignus caelestis beatitudinis quae, iis promittitur, qui ex fide vivunt.*

¡Qué palabras, venerables hermanos y queridos hijos! *Tessera fidei et pignus caelestis beatitudinis*: no se puede definir mejor la importancia del Catecismo. Como repetidamente inculcan los cánones conciliares, esta enseñanza debe ser previa a la digna recepción de los sacramentos; sembrada en los corazones, *in omnium cordibus*; derramada infatigablemente para que los fieles puedan comprender las Sagradas Escrituras e instruirse en la ley del Señor.

He aquí por qué, en la vigilia orante del Concilio Ecuménico Vaticano II, nos complace llamar la atención sobre este primer deber de todo sacerdote. Como Jesús, buen Pastor, conoce sus ovejas, así el sacerdote, especialmente el párroco, debe conocer a sus propios fieles: las necesidades, las pruebas, las angustias y los dolores de cada uno; entre aquellos están los ignorantes, los indecisos, los enfermos del alma y del cuerpo, los pobres, los trabajadores, los jóvenes, los niños.

La catequesis será tanto más eficaz cuanto más se adapte a las exigencias de cada uno. Este es el programa: hacerse todo para todos (1 Cor 9, 22); ser deudor de los sabios y de los indoctos (Rom 1, 14) para salvar a todos. Para lograr este objetivo, habrá que estudiar con cuidado las necesidades particulares no solo de cada edad, sino también tener en cuenta los diversos grupos profesionales en general; y después, en particular, profesores, juristas, periodistas, hombres de las artes, de las ciencias, de las técnicas audiovisivas; artesanos, campesinos, obreros. Todos necesitan un cuidado intenso y un alimento adecuado, sustancioso, preparado para cada uno de ellos, porque a menudo la catequesis común no llega a ellos ni a satisfacerlos. Pero en la sagrada predicación —nos dirigimos especialmente a vosotros, sagrados predicadores de la Cuaresma— será preciso evitar toda vaguedad, altisonancia, nebulosidad; excluir absolutamente los puntos polémicos, las alusiones a hechos comprometedores, a personas individuales; olvidarse de sí mismos y huir como de una tentación horrible de aparecer con bella figura, de imponerse a la

opinión pública, de buscar el aplauso; dejad los oropeles de la erudición, *postpositis inutilibus quaestionibus*; y hacer de toda predicación una forma de catecismo, según el sabio consejo que el águila de Meaux daba a los sacerdotes de sus diócesis: «Os exhortamos a sembrar siempre un poco de Catecismo en vuestras homilias y en vuestros sermones y a recordar a menudo los misterios de Jesucristo y la doctrina de los sacramentos, porque estos temas, cuando son bien tratados, inspiran el amor de Dios, y con el amor de Dios, todas las virtudes.»

La doctrina sea expuesta en su clara esencia; la enseñanza moral lleva en sí la fuerza de la convicción; las almas se convierten por el encuentro de la gracia con las buenas voluntades. Estas debe prepararlas el sacerdote y nada más.

De otra parte, el sacerdote ha de ser catequista no solo desde el púlpito y desde el altar, sino siempre y en toda ocasión, en toda conversación, en todos sus escritos, a fin de que le sea posible sembrar incansablemente la palabra de Dios en los contactos diarios con las almas. Para esto, sírvale de acicate la palabra y ejemplo del Divino Maestro: *Docens in synagogis eorum et praedicans evangelium regni* (Mat 4, 23). Brillan aquí, para luminosa edificación, las figuras de los santos y de los seglares más distinguidos que en todas las épocas, pero especialmente en momentos delicados para la vida de la Iglesia, han pospuesto todo otro deber al de enseñar y formar la conciencia.» (*Texto en «Ecclesia», año XXII, marzo de 1962, número 1077, p. (261) 5 ss.*)

A estas palabras de S. S. Juan XXIII podríamos añadir hechos concretos: se sabe, por ejemplo, que la Comisión para la disciplina del Clero y Pueblo cristianos presentó a la Comisión Central del Concilio, en su VI sesión, los tres esquemas de tema catequístico, cuyo título damos a continuación: 1. *Manuales de Catecismo*; 2. *Organización de la instrucción catequística*; 3. *Métodos según los diversos oyentes.*

Para completar esta vista de conjunto, podríamos volvernos con mirada retrospectiva a los primeros años de la Iglesia; veríamos que la preocupación por cuestiones típicamente catequísticas existe desde los comienzos. En efecto, lo que decide la convocación del primero de los Concilios es un motivo de este orden.

En su primera jira «catequística», el equipo que formaban Pablo y Bernabé tuvo que enfrentarse con la dificultad tremenda de los judaizantes: los catecúmenos han de hacerse circuncidar y observar

la ley de Moisés. Ante la discusión acérrima, Pablo y Bernabé acuden como delegados de los fieles a Jerusalén; allí se origina una nueva discusión, promovida por los convertidos de la secta de los fariseos.

«Entonces los Apóstoles y los ancianos se reunieron para examinar este asunto. Después de una larga discusión» y de que el Espíritu Santo hubo hablado por boca de Pedro y de Santiago el Menor, se redactó un punto de catecismo referente a moral práctica, que se envió en forma de carta encíclica del tenor siguiente:

«El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponeros más cargas sino las indispensables: que os abstengáis de las carnes ofrecidas a los ídolos, de la sangre, de las carnes sofocadas y de la impureza» (Act 15, 6-7. 28-29).

Este interés primordial de la Iglesia de todos los siglos por la obra catequística es lo que nos hace mirar con un fervor especial hacia el gran acontecimiento ecuménico que se está iniciando en estos días; de él esperamos recoger palabras luminosas de estímulo y orientación para el esplendoroso movimiento catequístico actual, palabras que no dejaremos de estudiar en favor de nuestros lectores.

La revista SINITE, al servicio de cuantos catequistas quieran honrarla con su atención, reafirma en estas vísperas conciliares la directriz que San Juan Bautista de la Salle trazara a su hijos en su testamento:

«Os recomiendo que, ante todas las cosas, tengáis siempre absoluta sumisión a la Iglesia, máxime en estos calamitosos tiempos; y que, en testimonio de esta sumisión, no os separéis en lo más mínimo de nuestro santísimo Padre el Papa y de la Iglesia Romana.»